

cés. La filosofía —sostiene— no es solamente contestataria desde un plano puramente ideal, sino que la realidad dictaba muchas de esas frases que para algunos parecieron vacías: «Los hombres de la Revolución tenían hondo conocimiento de la realidad, maravillosa inteligencia de las dificultades complejas con que luchaban (...). La utopía y la violencia insensata y estéril han correspondido siempre a la contrarrevolución. Hasta las agitaciones de la Revolución tienen un sentido, y bajo la fraseología revolucionaria se ocultaban intereses más exactos. No hubo un grupo ni una secta de la Revolución que no respondiera a una partícula de la vida social. No hubo una frase, ni la aparentemente más fútil que no fuera dictada por la realidad y que no diera testimonio de la necesidad histórica».

Recordemos a Montesquieu, a Voltaire, y se comprenderá la justeza de las afirmaciones de Jaurès. El filósofo es también un político en el siglo de las luces, y el autor del «Espíritu de las Leyes» rastrea en la historia para dotar a su obra del necesario sentido normativo. Igual procedimiento emplea Voltaire, que del estudio de las civilizaciones extrae sus nociones fundamentales sobre la tolerancia y el progreso humano. La historia se convierte, entonces, en el arsenal del legislador y del filósofo, y la filosofía en instrumento del cambio social. Pero —como nos advierte el autor— de nada hubiera servido la existencia de esta filosofía de contenido ideológico y revolucionario, sin la presencia histórica de «una nueva clase social interesada en un gran cambio y capaz de producirlo». El protagonista de esa mutación sería la burguesía y buena parte del estudio introductorio aborda el análisis de su composición de clase en relación con la compleja vida económica del antiguo régimen. Un sector burgués consciente de su valor social y un incipiente proletariado, cuya intencionalidad de clase «es todavía ambigua e indeterminada, como el proletariado mismo», son ingredientes sociales que se fusionan en la muy lata clasificación de «estado llano», contribuyendo a la destrucción del antiguo régimen, enemigo común.

El libro responde, ciertamente, a una corriente de humanismo socialista que atraviesa la frontera finisecular y se prolonga hasta las primeras décadas del siglo actual, pero no por

ello es menor científicamente documentado que los productos de la generación positivista. A todas luces, una edición crítica de la obra de Jean Jaurès dejaría en claro la utilización de fuentes hoy día consideradas fundamentales. La introducción que comentamos es, en sí misma, un modelo de rigor en documentación y crítica al tiempo que traza con mano maestra los rasgos fundamentales de la crisis final que conduce a la Revolución Francesa. ■ NELSON MARTINEZ DIAZ

DEL GATO FELIX AL GATO FRITZ

Los comics, como el cine, nacieron prácticamente con el siglo. Pero su redescubrimiento como género artístico dotado de un lenguaje propio y susceptible —al igual que cualquier otro— de evolución, se produciría sobre todo en los años sesenta y setenta. Iban a ser principalmente estudiosos europeos quienes primero se fijasen en los aspectos semiológicos de ese género, sin embargo, tan americano. En Estados Unidos, por el contrario, se prestaría más atención a los aspectos sociológicos del mundo de los comics.

El despertar de ese interés de los estudiosos hacia los comics estuvo motivado por el abandono de una serie de prejuicios falsamente intelectuales en torno a la llamada «cultura de masas». Aunque tal vez —conviene precisar— esto último sea cierto sólo en parte, pues desde el momento mismo en que comenzaron a atraer a ciertas capas de la población lectora a las que no habían llegado antes, los comics adquirieron toda una carga de connotaciones como valor añadido.

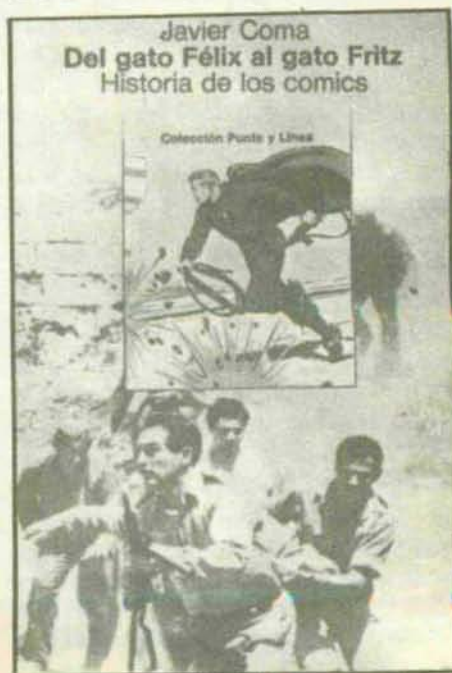
Entre esas connotaciones —y no es la menos relevante— está la de moda. Los comics están de moda. Y lo están sobre todo en un país como el nuestro que, culturalmente, funciona por modas: moda estructuralista, moda Lacan, moda Nietzsche, moda Laing, moda novela negra. Ahora bien, con modas o sin ellas, lo que resulta innegable es la importancia que, como hecho sociológico, tienen los comics. Es una evidencia que ningún otro tipo de literatura ha alcanzado nunca índices tan altos de

difusión. Y esto debería ser más que suficiente para justificar el interés que últimamente se les presta.

Todas estas consideraciones vienen a cuento de una obra de Javier Coma (1) recientemente aparecida en nuestras librerías y en la que se aborda el mundo de los comics desde una perspectiva histórica. Tremendamente valiosa por la cantidad de información reunida en sus páginas —sobre todo por lo que respecta a los comics norteamericanos, en los que se centra el autor; a los europeos sólo les dedica unos breves capítulos al final—, esta «historia de los comics», como reza el subtítulo, ofrece el interés suplementario de su intencionalidad crítica.

El autor, especialista en el tema (suyo es también el libro **Los comics, un arte del siglo XX**, publicado en 1977), no se limita a relatar las peripecias sufridas por los creadores y sus series desde que en 1895 aparecieron *The Yellow Kid*, de Outcault, en el «World» neoyorquino de Pulitzer, sino que al mismo tiempo lleva a cabo un inteligente análisis crítico del lenguaje de los comics —de su estética— y de su significación ideológica. Porque si atendemos a estos dos últimos aspectos, son millas las que separan a un *Yellow Kid* de una creación típica del «underground» como es *Mr. Natural*, de Robert Crumb. O también a los dos gatos que Coma nombra sig-

(1) **Del gato Félix al gato Fritz: Historia de los comics.** Colección Punto y Línea. Ed. Gustavo Gil. Barcelona, 1979.



nificativamente en el título del libro: Félix y Fritz. Lo cual es perfectamente lógico, puesto que el mundo de los comics viene a ser el espejo —espejo más o menos cóncavo, según los casos— en que se reflejan los sueños, los mitos, las esquizofrenias o las frustraciones de una colectividad, de un grupo o incluso —caso de buena parte del «underground»— de un subgrupo.

El libro de Javier Coma es, pues, bastante más que una simple historia de los comics. Es, por otro lado, un libro escrito sin asomo de pedantería y con una gran claridad de estilo: algo que en absoluto resulta ocioso señalar cuando tanto bodrio pretencioso circula por ahí. ■ **JOAQUIN RABAGO.**

EL RAPTO DE LA CULTURA

Esta nueva obra de Carlos París lleva un título sugerente: «El **r**apto de la cultura», a través del cual abre el análisis al secular robo de la cultura realizado por las diversas élites que se han sucedido a lo largo de nuestra historia: «los grandes mandarines, los chamanes con sus poderes místicos, los clérigos, los profesores, los sabedores, los tecnócratas hoy» (págs. 6-7). Elites que se han ido metamorfoseando durante la dinámica histórica, pero cuyos núcleos de identificación han sido siempre la posesión de la cultura, del saber, de la ciencia, en los cerebros y organizaciones de unos pocos, a la vez que constantemente desoían las culturas contestatarias de cada época, a las masas trabajadoras que día a día creaban y crean la infraestructura imprescindible para que sea posible este dualismo cultural, que es a la par dualismo político, económico y social.

A las masas trabajadoras les ha sido robada la cultura, la posibilidad creativa; y la cultura es, para Carlos París, parte de la estructura biológica del hombre, el «útero cultural» (valga la redundancia), es decir, el ámbito de la libertad, de la potencialidad creadora del ser humano.

El *r*apto de la cultura nos remite a la significativa figura de Prometeo, quien se apodera del fuego de los dioses (el elemento gratificante, que calienta e ilumina) para llevárselo a los hombres que carecen de él.



Prometeo es un delincuente, y por ello es condenado por los dioses, por los poderosos. Es este mito una figura paradigmática, que de diferentes formas ha resurgido en las distintas épocas históricas.

Para Carlos París, el «intelectual orgánico», aquel que se adentra en el dolor de los trabajadores y, junto a ellos, a la vez que transmite los conocimientos de la gran industria científica hoy imperante y ya aprendiendo también la cultura y la técnica postergada que se encuentra en las difíciles luchas cotidianas, en las esperanzas y frustraciones colectivas, es una nueva metáfora de Prometeo. Y como tal, corre el riesgo constante de ser condenado; los poderosos no toleran los latrocinios. Sin embargo, no es sólo el intelectual comprometido en las batallas de los trabajadores el único ladrón (sería caer en un nuevo pedagogismo), sino que son fundamentalmente las masas oprimidas las que derribarán ese secular dualismo (cultural, económico, social y político) de opesores o imperalistas y países oprimidos, para lograr una cultura creadora colectiva, acercándose ellas así al horizonte utópico de una nueva sociedad sin clases sociales.

Refiriéndonos ya más detenidamente al contenido de este libro, escrito en forma clara, antidogmática, simple, sin por ello perder profundidad, diremos que recoge en él una serie de artículos publicados en distintos momentos: el primer capítulo «Ciencia y pluralismo cultural», apareció como prólogo al libro «La cien-

cia y la diversidad de las culturas» (Madrid, Ed. Santillana, 1976); el segundo, «Nuestra situación filosófica tras la era-franquista», fue publicado en la obra colectiva «La cultura bajo el franquismo» (Ediciones de Bolsillo. Barcelona, 1977); el tercer capítulo, «Revolución y pensamiento filosófico», es una ponencia del autor presentada en el II Coloquio Nacional de Filosofía, llevado a cabo en Monterrey por la Asociación Filosófica de México (1977); el cuarto, «La filosofía del "homo faber"», corresponde al igual que el anterior a otra ponencia presentada en 1977 en las Jornadas Humanísticas organizadas por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas; el quinto, «Ciencia y lucha de clases», es una colaboración de Carlos París, ya publicada en la revista «Argumentos», número 1 (mayo, 1977) y número 2 (junio, 1977); y el último capítulo, el sexto, «El intento de reconstrucción científica de la filosofía», apareció en «Pensamiento», número 29 (1973). El hilo conductor que une estos seis capítulos ya lo hemos explicitado al desarrollar brevemente el sentido del título de este libro.

El proceso histórico se ha caracterizado por hacer desaparecer la variedad, lo diverso o heterogéneo de las múltiples culturas desde las fuerzas que otorga el poder a la clase social dominante o país imperial, uniformando de esta manera el pensamiento, los valores y formas de vida propios de aquéllas.

Si bien el tiempo que vivimos nos presenta con cierta perentoriedad la necesidad de establecer un gran diálogo entre los diferentes pueblos, a fin de lograr un enriquecimiento notable de la ciencia y la cultura, nos encontramos con el férreo obstáculo de países «emisores» de ciencia y los «receptores» de la misma, entre los que se encuentra España. Los países que detentan la **información** son, al mismo tiempo, los que poseen un enorme poder político, económico y militar. Y en ellos, la ciencia es elaborada bajo un signo nuevo, ya no se depende de la genialidad de un pensador, sino que el investigador está incorporado en una «concreta y visible colectividad», ajustado a una estricta disciplina de trabajo; el investigador pierde no sólo el control de su tarea, sino también la finalidad última de su producción; a lo que debemos agregar la excesiva especialización que se le impone, es un